

El Liberal de Gijón

ÓRGANO DEL PARTIDO LIBERAL DINÁSTICO.

AÑO I.

20 de Agosto de 1892.

NÚM. 4.

SAGASTA.

Cuánto me gusta cuando habla!...

Aquella mirada inquieta y vivísima que parece registrar todos los semblantes; aquella cabeza inteligente peinada con cierta estudiada coquetería; aquella nariz aguda como su ingenio parlamentario; aquel cuerpo que va y viene del Ministerio á la mayoría dejando en todas partes la expresion de sus movimientos; aquellas manos cuyos índices parecen clavarse en el corazon del adversario; aquella sonrisa burlona, sarcástica, venenosa; aquellas palabras que salen de sus labios limpias y cortantes como el filo de una espada; aquellos finales que siempre producen una tempestad ó una víctima; aquella destreza, aquella agilidad que semeja la de la ardilla; aquella bilis que ahoga al enemigo sin compasion; el tono, el gesto, la postura, todo lo que hace de Sagasta un temible y elocuente tribuno, ¡cómo me gusta y regocija! cómo me seduce y enamora!

Alguna vez he ido á oírle con prevencion porque defendía malas causas. Fuíme dispuesto á callar, á no desplegar mis labios, á negarle mis simpatías. Y cuando se ha levantado de su asiento sonriente y nervioso; cuando ha empezado á herir, á machucar con el arte que él sabe; cuando le he visto sortear los peligros y de vencido proclamarse vencedor con una ironía terrible ó un apóstrofe contundente, el brillo de su talento y la atraccion irresistible de su persona han podido más que mi voluntad, trocándose la prevencion en entusiasmo secreto y profundo.

Se me dirá que carece de las formas de Castelar, de la correccion de Martos, de la ciencia de Cánovas. Pero tiene fuego, electricidad, mucha electricidad en su palabra y en su persona. Tiene, sobre todo, algo que cautiva, que retiene, que agrada, que regocija

interiormente como pocos oradores, quizá como ninguno. Enérgico y apasionado, joven su espíritu aunque blanca ya su barba, da á todo lo que dice tal expresion, tal arte, tal intencion política que uno no puede menos de exclamar:

—¡Bien, muy bien por D. Práxedes!—y nadie quisiera encontrarse en el pellejo de sus adversarios.

Lleva siempre abrochado el ceñido *chaquet*, por cuyo bolsillo exterior asoma, blanca como el color del enemigo, la punta del pañuelo. En el momento que vá á hablar, desabrocha el casaquin como si esta leve sujecion le estorbara para la lucha de florete parlamentario que vá á descargar sobre los que tiene enfrente, apoya las manos sobre el banco, inclinase un momento hácia el suelo como si buscara algo, recoge los casi rizados cabellos que le caen sobre los ojos, pasea por todas partes una mirada que parece tocada de imán y una sonrisa que parece una promesa, y allá vá cual torrente impetuoso que todo lo inunda y destruye.

A lo mejor le interrumpen, y dando un salto como si se sintiera herido, lánzase sobre el infeliz que se le atreve y lo aplasta bajo el peso de este apóstrofe:—«¿Quién me interrumpe? ¡Ah! es el General Primo de Rivera, á quien tuve el gusto de conocer de Comandante en el puente de Alcolea.»—Censura otro día la constitucion de los tribunales de imprenta, un Borrajo de la Bandera respira algo fuerte, y Sagasta le reduce al silencio con esta magnífica atrocidad:—«¡Miradle, miradle cómo se levanta á protestar de mis palabras, como un energúmeno!»

El público aplaude, los enemigos tiemblan, los suyos se emboaban, y él, satisfecho, pero sin haber concluido, enjuga el sudor que baña su rostro lívido y transfigurado. Sigue acometiendo y el hemicielo recogiendo víctimas.

Sagasta reúne dos clases de oratoria: la parlamentaria y la tribu-

nicia. La primera en el banco azul, la segunda en los bancos de la oposicion. ¡Ventaja inmensa que le permite defenderse con éxito en el banco azul, y combatir como el primero en el banco encarnado! Como parlamentario arguye, discurre, mixtifica, marea, aprovecha todos los claros y se mete por todas las rendijas; como tribuno, estrecha, confunde, aprisiona, desconcierta, mata. En el banco azul apenas cae de sus labios la sonrisa; en el banco encarnado pónese serio cuando quiere y el acto toma profunda solemnidad. Tiene la intencion de Calvo Asensio, la energia de Madob, el calor de Lopez, el veneno de Olózaga, los prontos, los rasgos, los giros inesperados que no he visto ni leído en nadie.

He aquí en qué términos tan valientes acusaba á la Union liberal de inconsecuencia:

«Y los que vienen al Gobierno á plantear lo contrario de lo que dijeron en la oposicion; los Gobiernos que vienen á plantear lo mismo que en la oposicion combatieron, esos olvidan sus compromisos, faltan á su palabra, reniegan de su historia, defraudan las esperanzas del país y engañan al Trono.»

En otra ocasion atreviése á pronunciar, siendo individuo de la minoría progresista, estas palabras, hasta entonces no oídas en aquellos bancos:

«Los Tronos no son mas que instituciones políticas llamadas á satisfacer las necesidades de los pueblos.»

Sagasta, que es hombre modestísimo en su trato, que no conoce el orgullo en su casa, tertulia de todo el mundo, que no sabe lo que es vanidad, en la vida pública suele ser altivo y arrogante cuando cree que se le humilla. Entonces arremete contra los que le juzgan equivocadamente, y dice:

Tampoco yo soy rico, tambien soy humilde; pero con mi humildad y todo, yo, que apenas tengo valor para resistir á la súplica, nunca cedo á la exigencia; no me

creo de ninguna manera superior al pobre, pero jamás me considero inferior al poderoso; se me encontrará siempre dispuesto á bajar mi cerviz ante la desgracia; pero jamás abatiré mi frente ante los potentados de la tierra.»

No es tampoco D. Práxedes hombre que se acobarda ni intimida así como así. Nada de eso. Si le hablan fuerte responde echando fuego. O'Donnell, sin dar verdadero alcance á sus palabras, pero pronunciándolas con cierto retintín, dirigióle una vez esta amenaza:

«Lo digo con sentimiento, señores, lo digo con pena, porque el Sr. Sagasta es un jóven simpático y un talento distinguido; pero cuando oigo sus anárquicos discursos, sus discursos disolventes y revolucionarios, como que presagio que S. S. ha de morir fusilado por faccioso. (Grandes risas.)»

Réplica áudaz de Sagasta:

«Y á mí me parece, señores Diputados, á mí me parece que estoy viendo al General O'Donnell, si sigue por el camino que marcha, arrastrado por las calles de Madrid. (Nuevas risas en toda la Cámara y aplausos en la tribuna pública.)»

Es también poético y dulce como lo prueban estos dos períodos del discurso que pronunció pidiendo gracia para los sublevados de Loja:

«Acostumbrado siempre á encontrarme en este sitio, con mis enemigos enfrente, obligado un día y otro día, constantemente, sin descanso, á luchar sin fortuna, es cierto, pero con ánimo sereno y con lealtad, veo con gusto que ha llegado el día en que abandonando el casco, desnudándome de la cota de malla, puedo arrojar la lanza y penetrar confiadamente en las tiendas del campamento enemigo.

.....
»Señores Diputados: seguid los impulsos de vuestro corazón; decid una palabra, pero no os equivocéis, por Dios, al pronunciarla, y recibiréis las felicitaciones de vuestros comitentes, los plácemes de vuestras esposas, de vuestros hijos y de vuestros amigos; la gratitud de la desgracia, que es la bendición de Dios.»

En 1861, defendiendo la unidad de Italia en un discurso quizá el más profundo y erudito de todos los suyos, osó lanzar estas palabras á los que traían y llevaban sin prudencia el derecho divino de Isabel II como base y fundamento de todos los demás:

«El Gobierno de Isabel II, Reina por la voluntad nacional, protesta contra la voluntad nacional de Italia, por defender unos derechos que no tiene, y un pretendiente que no tiene más títulos para presentarse como aspirante á la Corona de España que los llamados derechos de familia, respeta la voluntad nacional de Italia, y renuncia á los derechos que por los Tra-

tados podía tener con más razón que Isabel II á la sucesión de aquellos Estados. Es decir, que se presenta al Gobierno español menos generoso que aquel pretendiente que no tiene más derechos que los de familia. Cesión oficiosa la de D. Juan, porque no la necesita el Rey del Piemonte para llevar una corona que le ciñe la voluntad nacional de su pueblo; pero protesta ridícula la del Gobierno que sin derecho ninguno se opone á la voluntad nacional, cuando ese Gobierno es de una Reina que lo es por este principio, nada más que por este principio. (Grandes murmullos, fuertes interrupciones. Se suspende la discusión por breves momentos. El Presidente del Consejo de Ministros pide que se escriban estas palabras. Calmada la agitación y restablecido el orden, continúa el orador.)

»Continúo, pues, mi discurso con tranquilidad, como conviene á este sitio, sin acaloramiento alguno; estoy más tranquilo, en efecto, que cuando empecé.»

Pero cuando Sagasta ha demostrado todo lo que vale y todo lo que puede soportar, cuando su nombre como orador se ha colocado entre los más ilustres, ha sido desde 1869 hasta el presente. Antes era una esperanza, una promesa, una de las figuras más morenas y simpáticas del partido progresista. A contar desde el 69 es una realidad y un orador de primera fuerza. Ha medido su acertada y tajante palabra con la de Castelar, con la de Cánovas, con la de Martos, con la de Ríos Rosas, con la de Rivero, con la de todos, y jamás le hemos visto inferior á su empeño, quedar deslucido ni derrotado. Por el contrario; parece como que la lucha le dá bríos, el choque energía, las dificultades motivo para crecerse y elevarse cual si la pelea fuera su vida, el combate su elemento. Se asimila cuanto oyé ó lee de una manera prodigiosa.

¿Quién no recuerda su brillante campaña contra los federales del 69, sus discursos llenos de intención, su política resuelta, sus recursos oratorios, sus apóstrofes, sus ironías, sus habilidades parlamentarias? ¿Quién no sabe que era entonces la palabra más temible del Gobierno, el polemista más vigoroso, la dialéctica más venenosa y provocativa? ¿Ha olvidado alguien sus sales contra Orense, sus amenazas contra Garrido y Paul y Angulo, sus sofismas contra Figueras, sus sarcasmos contra Cruz Ochoa, sus reproches contra el mismo Castelar, su ten con ten con cimbríos, progresistas y unionistas?

Es verdad que alguna vez fué indiscreto; pero siempre estuvo brillante, entero, pronto para todo y contra todos. En viendo á Sagasta en el banco azul, ni Prim se alteraba ni la mayoría se sentía débil. En cambio los federales se

lo hubieran comido con la mirada. Era el nervio, la palabra y el yunque de los primeros Gobiernos de la Revolución. Sagasta lo afrontaba todo, á todo se atrevía, con todos venía á las manos, se arriesgaba á todo.

Llenaría muchas páginas de este libro si fuera á copiar las frases y los conceptos felices y oportunos que tuvo en las Constituyentes del 69. De la mayor parte de sus discursos podría sacar algo, aprovechar uno ó más períodos. Todo en ellos es bueno, sustancioso, elocuente. Ni Castelar le conmovía, ni Figueras le desorientaba, ni Paul le daba miedo. Inquieto y burlon al lado de Prim, diciendo á la mayoría con su sonrisa:—«no te apures, que aquí estoy yo;»—y á la minoría:—«todo eso es popularidad y ganas de hablar;» tomando breves apuntes para replicar al adversario, cuando el Presidente le daba la palabra levantábase ágil y provocador, empezando desde el exordio á repartir tajos y mandobles sin compasión ni miramientos de ninguna especie.

«El Sr. Orense, hoy republicano federal, buscaba no hace mucho conmigo un Rey para España.»—«El Sr. Figueras fue monárquico y de los más fervorosos en 1851.»—Cuando yo tenía las manos llenas de sangre porque componía clandestinamente proclamas liberales que levantarán el espíritu público, el señor Castelar paseábase por las calles de París discurrendo poéticas correspondencias para periódicos de América.»—«Esos republicanos que tanto gritan ahora, ¿dónde estaban en 1865 y 66?»—«Todos hemos conquistado la libertad; pero vosotros los de la minoría la vais á perder con vuestras imprudencias insensatas y criminales.»—«El Sr. Ríos Rosas dice que el Gobierno tiene una partida de la porra. El que forma con sus empleados una partida de la porra en Cádiz y Málaga, es el Sr. Ríos Rosas.»—«El señor Paul y Angulo grita mucho: son amenazas á la luna.»

Sagasta tiene, además, como orador de Parlamento la ventaja de que contesta en el acto todas las interrupciones, sean las que fueren, con gracia y oportunidad.

Otros oradores se trastornan y caen. Sagasta replica en seguida y continúa su discurso.

En las Cortes del 76, quejándose de falta de libertad para la prensa, recordaba la impunidad en que quedaron los periódicos que dieron al público el Manifiesto de Sandhurst en 1874: La mayoría le interrumpe:

«¿Porqué murmurais? ¿Sabéis lo que sucedió con aquellos periódicos? Pues publicaron el Manifiesto y no les ocurrió nada. (Risas.) Al día siguiente de la consulta publicaron el Manifiesto de Sandhurst; y como el Gobierno creyó que no debía hacer nada, nada hizo. ¿Qué les pasaría á los periódicos hoy si

publicasen un Manifiesto de mucha menos importancia que el de Sandhurst? Interrumpidme ahora. (Aplausos.)»

En este mismo discurso, uno de los más enérgicos y elocuentes que han salido de sus lábios, burlábase así de que en las monedas de don Alfonso XII se hubiera suprimido que era Rey por la gracia de la Constitución:

«Por la gracia de Dios y por la Constitución han reinado nuestros Reyes constitucionales, así lo han dicho siempre al promulgar las leyes, así lo dicen las monedas de sus respectivas épocas. Por lo visto ahora es suficiente para reinar en España la gracia de Dios, sin que en ello para nada intervenga la Constitución; y en efecto, ¿cómo ha de intervenir en esto la Constitución, cómo han de reinar los Reyes por la Constitución, si son los Reyes los que las decretan? En estos tiempos, señores Diputados, es imposible decir ni hacer más para dar á la Constitución hecha por las Cortes el carácter de carta otorgada. Un paso más y la cosa es completa. Pero, ¡buenos están los tiempos para cartas otorgadas!

»Doña Isabel II, por la gracia de Dios y la Constitución, reina de España—decíamos antes:—«don Alfonso XII, por la gracia de Dios, Rey constitucional de España»—decimos ahora; y aquí tenemos á Dios convertido en liberal y parlamentario, influyendo en que los Reyes sean constitucionales y nada más que constitucionales.

»¿Pero de qué Constitución ha de ser constitucional el Rey por la gracia de Dios? ¿De la Constitución de 1876? Creo que no; porque, en mi opinión, la Constitución de 1876 no sólo no tiene la gracia de Dios sino que no tiene gracia ninguna.» (Grandes risas.)

Y añadía dando cortes al aire con el brazo derecho, desordenado el tupé, vivos y centelleantes los ojos, descompuesta la fisonomía, inclinado el flexible cuerpo, colérico y amenazador el ademán como si quisiera aplastar á Cánovas:

»Inútil cuanto desgraciada variación! Lo que no puede ser no es.

»Por la gracia de Dios reinan los Reyes, por la gracia de Dios legislan los Legisladores y obedecen los súbditos, y sucede todo; pero ni reinan los Reyes, ni los Legisladores legislan, ni obedecen los súbditos contra la voluntad de los pueblos. Estos, por la manera de ser de las sociedades modernas y por la complicación que han alcanzado los asuntos públicos, no pueden ejercer directamente su soberanía, como sucedía antiguamente en Atenas y en Roma, y como sucede en la actualidad en algunos cantones suizos, y hasta cierto punto en los Estados-Unidos, y delegan en ciertas corporaciones y ciertas personas, no su soberanía, sino el ejercicio de algunos derechos que hacen parte de su soberanía, naciendo

así natural y lógicamente el sistema representativo.»

Mas adelante pronuncia este periodo lleno de sarcasmo para los Ministros, altivo y valiente en su final:

«La proposicion pide, ó un imposible, ó una violacion, ó un atentado, y las Cortes no pueden discutir ni aprobar imposibles, violaciones ni atentados. Puede la mayoría, señores Diputados, con motivo de esta ó de otra proposicion, aprobar la conducta del Gobierno durante la dictadura; puede, si le parece poco, concederle un voto de gracias por lo bien que la ha ejercido; puede, si esto no le basta, acordar esculpir el nombre de los señores Ministros en mármoles y en bronce; puede levantarles estatuas, puede convertirlos en ídolos, puede declararlos dioses, que de eso y mas serán capaces los firmantes de esa proposicion, si á sus patronos no les parece todavía demasiado temprano para atravesar los umbrales de la inmortalidad dejando de ser Ministros aunque míseros mortales; pero lo que la mayoría no puede ni por esa ni por otra proposicion, es dar dictaduras, porque las dictaduras se toman, no se dan.»

Por lo que llevo dicho, habrás deducido que no es Sagasta hombre de miramientos cuando no quiere guardarlos; pero á fin de que no les quede á Vds. duda alguna, allá vá una débil prueba de mi afirmacion:

«Ha estado el señor Presidente del Consejo verdaderamente desgraciado esta noche. (*Rumores*). Para la mayoría que aplaude la palabra *baratería* y otras por el estilo, na la tiene de particular que haya estado admirable.»

Paréceme que no fué mal despachada la mayoría. Esto se llama dar el peso corrido.

No es Sagasta un orador erudito, metafísico, profundamente ilustrado; es un orador oportuno, enérgico, incisivo, de lógica contundente, de palabra abundante y fácil, de giros y prontos tribunicios, de apóstrofes magníficos, de ironías mortales, de exposicion clara, de verdadera elocuencia política, de asimilacion finísima. Su talento es mas práctico que teórico; su naturaleza, de lucha mas que de paz. No ilustra generalmente cuando habla; pero enardece, entusiasma, agrada. Hierde el sentimiento y llama la risa, toca el corazón y produce regocijo.

Una de las cosas que mas le favorecen es su figura, pues aunque Sagasta es feo, tiene cierto ángel que engendra la simpatía. Vivo y expresivo, en cuanto empieza á hablar empieza á seducir. He visto pocas caras tan inteligentes, tan burlescas, tan animadas, tan reveladoras como la suya. ¡Lástima grande que su color sea verde!

FRANCISCO CAÑAMAQUE.

Sagasta en Asturias.

Acompañado del ex-senador liberal Excmo. Sr. D. Benigno Dominguez Gil, del excelentísimo señor D. Florencio Rodriguez, de los Sres. D. Anselmo Cienfuegos, Don Miguel Ramirez de la Sala (Gerente del ferro-carril de Langreo), D. Eduardo Marina, D. Abelardo Galarza, y de los Sres. Calleja, Sala (D. Ramon), Gallo, Soldevilla, Carbajal, Adaro, Arroyo, Gomez, Gumeno de Lerma, Uria (Don Juan y D. Manuel), San Miguel (hijo), Luege (D. Félix), Prida, Gil, Garcia Valdés y otras distinguidas personas que sentimos omitir, por deficiencias punibles de nuestra memoria, salió el Sr. Sagasta de la Estacion de Langreo á las diez y cuarto de la mañana de ayer, para visitar la Fábrica de La Felguera.

Durante todo el trayecto y principalmente en la intermediacion de todas las estaciones, fué saludado el Sr. Sagasta, ántes de su llegada á Vega, por numerosos grupos que le vitoreaban y aplaudian, por el estampido de cohetes y bombas reales, por la detonacion de mil barrenos en cuantos cotos mineros se encontraban en los lindes de la via férrea, pruebas inequívocas y entusiastas de las simpatías y respeto con que cuenta el Sr. Sagasta en todos los pueblos que constituyen nuestro Principado.

Desde los dependientes del ferro-carril hasta los pobres labradores, desde los que ganan su sustento en las entrañas de la tierra, arrancando de sus Tesoros, hasta los representantes de los concejos, mujeres y niños, ancianos y jóvenes, todos acudian á renir un tributo de admiracion, un testimonio de gratitud y un homenaje de respeto al ilustre jefe del partido liberal de España que encarna en sí las mas nobles aspiraciones de la nacion, y es, hoy por hoy, la sola, la única áncora que puede asegurar la combatida navecilla del país, amenazada de furiosas tormentas, expuesta á estrellarse en agudos arrecifes y pronta á perecer en el mas infortunado de los naufragios; en el naufragio de un desamparo absoluto y de una perdicion completa.

Antes de llegar á la Estacion de Vega, punto en que habia de hacer su primera y principal parada para visitar la fábrica de los señores Duro y Compañía, se anunció su llegada con la explosion de innumerables barrenos, cuyas detonaciones repetian con enérgica resonancia y atronadores ecos los valles inmediatos y los montes vecinos.

A corto trecho de la estacion referida, se habia levantado un arco de follaje y pequeñas proporciones, en cuyo tímpano se leia esta inscripcion:

«¡Viva el Sr. Sagasta!»

Una lluvia torrencial, cansada y molesta, obligó al ilustre viajero

y á sus acompañantes á permanecer largo rato en el *break* que le conducia presentando el andén y sus inmediaciones animado golpe de vista, inusitado movimiento y animado espectáculo, puesto que allí se encontraban innumerable de personas, cubiertas pocas por la insuficiente techumbre de los paraguas y aguantando las demás á pié firme y con valor verdaderamente heroico los latigazos de la lluvia y las inclemencias de la atmósfera.

Un coro unánime, general, espontáneo, frenético, entonó animado grito de vivas y bravos cuando pasado el fuerte aguacero, se apeó el Sr. Sagasta y su comitiva y la banda de música, de la que es director el joven gijonés D. Manuel Garcia, tocó el Himno de Riego al pasar el Sr. Sagasta por debajo del arco de laurel levantado en su honor, y en cuya parte superior se leia, además de los nombres de «Asturias» y «La Felguera,» el de «Cameros,» sierra de la Rioja de la que es oriundo el Sr. Sagasta y de la que son tambien el fundador de la Fábrica de los Sres. Duro y Compañía y algunos de los que hoy son propietarios de tan importantísima industria, una de las principales de Europa.

Como quiera que otro dia hemos de consagrar á este establecimiento fabril, que tanto honra y enaltece á Asturias, todo el espacio que merece, reseñando además cuantos trabajos se verificaron en obsequio al Sr. Sagasta, nos limitaremos á decir que los operarios, en masa, le dieron atronadores vivas, que el Jefe insigne del partido liberal español hizo los elogios más calurosos y sinceros de cuantas operaciones presencié y que los señores Bayo y Herrero se portaron y condujeron con la amabilidad, agasajo y cortesía propios de las personas que, como ellos, saben responder dignamente á sus compromisos y dejar bien puesto el pabellon de la hospitalidad más afectuosa y de la educacion más refinada y exquisita.

El retraso con que hemos llegado á Gijon, el poco espacio de que disponemos, el breve tiempo de que disfrutamos y la asistencia á la comida que, con la esplendidez de costumbre, ha dado el Excelentísimo Sr. D. Benigno Dominguez Gil, á la que fuimos inmerecidamente invitados y de la que mañana nos ocuparemos con la extension á que es acreedora, son causa de que no podamos continuar reseñando detalladamente la excursion del Sr. Sagasta, aunque sí prometemos, dados los caracteres de importancia que ha revestido, publicar de ella minuciosa revista en el próximo número.

En los Campos Eliseos.

Con inusitada concurrencia, con un lleno absoluto, con el salon y el paraiso de bote en bote, con tan numerosísimo público que parecian

los espectadores una compacta masa de carne humana, con asistencia de las mujeres mas hermosas y de los hombres mas distinguidos, se alzó anteanoche el telon del amplio teatro de Oblulia, para que tuviese efecto la representacion de *La Marsellesa*, dada en honor del excelentísimo señor D. Práxedes Mateo Sagasta.

A las diez y veinte llegó al teatro este eminente hombre público, siendo recibido á la entrada por una banda de música que lanzó á los vientos las patrióticas notas del himno de Riego.

Cuando acababa el primer acto, en el momento en que el tenor señor Berges terminaba de cantar el enérgico y valiente himno francés, se presentó en su palco el Sr. Sagasta, interrumpiéndose por largo rato la representacion para dar lugar al desbordamiento de entusiasmo, á los vítores inacabables, á los calurosísimos aplausos, á las aclamaciones sin cuento: y todo esto dicho y repetido por miles de bocas, con entusiasmo delirante, con unánime espontaneidad, con eléctrico fuego: los hombres todos de piés, las señoras agitando sus pañuelos y de todos los palcos dando libertad á numerosas palomas blancas, que revoloteaban en frente del palco del Sr. Sagasta y desde el cual saludaba nuestro amado Jefe al entusiasmado y distinguido concurso.

Largo rato duró esta manifestacion de simpatía, esta ruidosísima ovacion, hasta ahora desconocida en esta villa, que fué repetida cuando, terminada la funcion, abandonó el teatro el Sr. Sagasta, y cuando al montar en el coche fué despedido con el himno de Riego por la misma banda de música que le recibió.

La orquesta que dirige con notable acierto el Sr. Bauzá tocó tambien el referido himno al presentarse y al despedirse nuestro ilustre huésped.

El palco que éste ocupó revela el buen gusto del decorador Sr. Espiniella, aunque las colgaduras de la barandilla nos pareció que no correspondian con los adornos restantes. Sobre fondo crema se hallaban colocadas largas tiras de damasco azul y encarnado, y en la boca del palco lujosos cortinones de este último color, que comenzaban con artísticos rosetones sujetos en el centro por otros crema y azules y terminaban en elegantes pliegues que se perdian tras las colgaduras de la barandilla. En la pared del frente habia un hermoso espejo con marco de *pelouse* encarnado y pendiente del techo una bonita lámpara de gas con varios mecheros.

Por error consignamos en nuestro número anterior, que nuestra redaccion, direccion y administracion, se hallaban establecidas en la calle de la Merced, núm. 27, siendo así que se encuentran en dicha calle, pero en los números 5 y 7. Conste así.

TRINIDAD, 14.

AL PASAJE.

MUELLE, 7.

GRANDES NOVEDADES DE PARÍS.

SEDAS

BATISTAS

LANAS

ESPECIALIDAD EN ADORNOS.

EQUIPOS PARA BAÑO.

PRIMERA CASA EN SASTRERIA.

INMENSOS SURTIDOS EN GÉNEROS INGLESES.

Cortadores Madrileños y Especial para prendas de Señora.

PAPELERIA PALACIOS.

25, CORRIDA, 25.

Objetos para regalo con recuerdo de Gijón.--Perfumeria.--Juguetes.--Petacas.--Bastones.--Sombrillas.--Artículos de fantasía.

FARMACIA Y DROGUERIA

DE

JOAQUIN ESCALERA BLANCO,

SAN BERNARDO, 49.--GIJÓN.

Especialidades nacionales y extranjeras.--Aguas minerales.--Ortopedia.--Dosimetria.--Agua de Seldtz.--Vinos y jarabes medicinales.--Alcaloides y productos químicos modernos.--Aparatos los mas perfectos para la preparacion de cápsulas amiláceas y supositorios.--Pinturas en polvo y pasta.--Brochas y pinceles.--Purpurinas.--Barnices de todas clases.--Artículos para industrias.

V. TAMAYO.

57 SAN BERNARDO 57

Camisería, Corbatas, Pañería.

PRECIOS SIN COMPETENCIA.

Tarjetas de visita.

IMPRESA DEL COMERCIO.

Muestras sin valor